

OFRENDA POÉTICA A D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

ANTONIO MORENO AYORA
Académico Correspondiente

Excmo. Sr. Director de la Real Academia de Córdoba, Ilustre Cuerpo Académico, distinguidas autoridades y dignidades eclesiásticas, queridos amigos y acompañantes; permitidme que me dirija al personaje a quien en esta jornada queremos rendir acordado tributo de admiración.

Dignísimo don Luis de Góngora y Argote, universal e imprescindible poeta, príncipe entre los príncipes del Parnaso, preclaro cordobés y encumbrado escritor intemporal:

Humildemente, y solo por no desairar la confianza que el Instituto de Estudios Gongorinos de la Real Academia de Córdoba deposita en mí, me dispongo a hablar de vos cuando ya el pasado año las voces e instituciones más autorizadas lo han hecho con pompa y conocimiento de causa y cuando el eco provocado por sus actos todavía no se ha extinguido. Así, a finales del 2011, contándolo como inicial homenaje para conmemorar el cuadringentésimo quincuagésimo aniversario (450º) de vuestro nacimiento, tuvo lugar en Córdoba el *I Congreso internacional “El universo de Góngora: orígenes, textos y representaciones”*, al que siguió, en abril de 2012, el estreno de una imponderable joya filmica que os presentaba como *Góngora, brillante oscuridad*, y luego, entre septiembre y noviembre, otro grandioso acontecimiento – magno en su riqueza visual, pictórica y bibliográfica– que os evocaba como *Góngora, la estrella inextinguible*. No olvidamos que a vuestra merecida y por todos compartida loa literaria han contribuido últimamente publicaciones como aquella que en 2009 Antonio Cruz Casado adelantaba dándonos sus *Pasos de un peregrino: Estudios sobre don Luís de Góngora y su influencia*, como la de Carlos Clementson titulada *Cisne andaluz. Nueva antología poética en honor de Góngora*, o esas otras dos que Manuel Gahete –su propia poesía es ya un recalitrante e interminable elogio de encarecido respeto– os dedica primero en *De Luis de Góngora a la literatura del siglo XXI: Un paseo visionario*, y después en *Las luces del viento. Veinte poetas contemporáneos en la estela de Góngora*. Y a última hora se acaba de saber que un grupo de siglodoristas de reconocido prestigio ha renovado su interés en vos con una ofrenda nueva titulada *Góngora y el epigrama. Estudios sobre las décimas*. Para qué continuar, don Luis, si todo esto y más que llamamos os merecéis aunque solo tengamos en cuenta lo que en nuestro tiempo opina Harold Bloom: que “El gran poeta español es Góngora”. Y

recuérdos como colofón las jornadas de *Homenaje a Luis de Góngora* que en Madrid ofreció el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala. Así pues, egregio don Luis, ante lo que antecede mejor abrevio y digo, imitando la palabra de vuestro primer insigne admirador, don Miguel de Cervantes, que os

temo

agraviar en mis cortas alabanzas
aunque las suba al grado más supremo.

Ilustre señor canónigo de esta Santa Iglesia Catedral que acoge vuestro osario y cuyo entorno el mundo admira, os celebramos hoy, cuando la primavera, después de un tedioso y lluvioso invierno que ha arrasado los campos y colmado los ríos, por fin ha explotado convirtiendo a Córdoba en un vergel al que la misma UNESCO ha declarado Patrimonio Inmaterial de la Humanidad. Sí, don Luis, los poetas la esperáis con más ansia que nadie, sabiendo que a veces

Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!

No olvidamos, ínclito don Luis, que siempre hicisteis de las flores ornato y gala de vuestra inspiración, porque ellas fueron el mayor símbolo de vuestro sentir –dolorido en ocasiones, como el de Garcilaso, que tanto igualmente las cultivó– y entre vuestros versos las plantasteis escogidas y galanas. Fuisteis vos el que escribisteis el *Madrigal a una rosa*, y el que, para embellecer la *Soledad Primera*, también

Del verde margen otra, las mejores
rosas traslada y lirios al cabello,

y el que en la *Fábula de Polifemo y Galatea* supisteis encubrir primorosamente aquel libidinoso y delicado beso

cuando al clavel el joven atrevido
las dos hojas le chupa carmesíes,

y acto seguido, rematando estrofa, esponjasteis de corolas y aumentasteis de deseo el grado de aquel consumado idilio al precisar:

Cuantas produce Pafo, engendra Gnido,
negras violas, blancos alhelíes,
llueven sobre el que Amor quiere que sea
tálamo de Acis ya y de Galatea.

Ciertamente, en vuestros poemas, flores de muy diverso color son símbolos de los estados, los sentimientos y los cambios que afectan al ser humano, pero es tan amplia su simbología que habremos de renunciar a describirla. Con un solo caso basta, por ejemplo, para decir que en vuestra poesía la flor es asiduamente el elemento natural que por su belleza más realza la hermosura femenina, y así cuando escribís *A una dama, presentándole unas flores*, afirmáis:

De la florida falda
 que hoy de perlas bordó el alba luciente,
 tejidos en guirnalda
 traslado estos jazmines a tu frente,
 que piden, con ser flores,
 blanco a tus sienes y a tu boca olores.

Aunque recalcadamente bellas, la mujer les gana siempre en dechado de beldad y de atracción. En esto, desde luego, coincidís armoniosamente con vuestro coetáneo Lope de Vega, que también gustaba de idénticas antítesis:

Blancas coge Lucinda
 las azucenas,
 y en llegando a su manos
 parecen negras.

Dignísimo don Luis, por encargo honroso de ilustres académicos a los que no me atrevo a sostener la mirada, os hago estos comentarios en una fecha concreta y desde un lugar paradisiaco regado por ese ancestral río que vos igualmente bautizasteis como “gran rey de Andalucía”. Simplemente diremos que estamos en Córdoba, en la tierra quizá más inagotable de poetas –vos el primero de todos y el más excelso–, en solaz esplendente de luz, de envidiable grandiosidad y de belleza irrevocable –de ahí que la umbría de la sombra y la imperfección de lo defectuoso solo os rozaran sin haceros mella–; estamos en la ciudad que vos más añorasteis –pues su solo recuerdo era ya vuestro alimento– y a la que más engrandecisteis líricamente, convirtiendo vuestra escritura en un largo día festivo y festejante del mes más bullicioso y que más sensualidad regala en derredor, un mes del que todo está dicho si repitiendo vuestro verso declamamos que “Era del año la estación florida”. No pudisteis, por ello, tener mejor suerte para morir, yéndoo de esta tierra, de esta también por vos mismo llamada “flor de España”, en un día ya de finales de mayo como este de hoy que anuncia en lontananza la canícula, y eso después de haber vivido y ejecutado con maestría universalmente reconocida “el sabroso oficio del dulce mirar” para ofrecérnoslo transformado en rosa, en lilio, en clavel, en violeta... Vos fuisteis, sin duda, el que hicisteis a vuestros contemporáneos, a todos nosotros y a los que nos sobrevivirán la más delicada, la más fragante, la más inmarcesible ofrenda floral que por antonomasia y por generalización contiene vuestra poesía. Por esta facultad lírica insuperable los demás poetas de vuestro siglo –haciendo excepción de algunos de más corto entendimiento e inamovible actitud– ya declararon que erais “el Homero español”. Hasta Quevedo, con el resabio y la acritud de su carácter, os admiraba dolorosamente en silencio, aunque tuviera necesidad de litigar con vos y de afrontaros con la palabra. La vuestra, siempre, nos la habéis ofrecido orlada de flores y transfigurada en metáforas, sabiendo desde el principio –y compartiéndolo con el mismo Francisco de Rioja– que la Poesía debe ser como una rutilante y

Pura, encendida rosa,
 émula de la llama
 que sale con el día.

Fue otro grandísimo poeta y siempre convencido defensor vuestro, Federico García Lorca, el que con más atino resumió en una de sus conferencias vuestra historia al decir: “Góngora ha sido maltratado con saña y defendido con ardor. Hoy su obra está palpitante como si estuviera recién hecha”. Por ello nuestra admiración, reconocimiento

y homenaje, si no eternos por inevitable servilismo vital, serán siempre fieramente humanos.

Muchas gracias.